

Esau o la actitud de la filosofía ante el comercio *

Lescek Kolakowski

Unas cuantas generaciones de descendientes de Abraham tuvieron, como él mismo, esposas aquejadas de una infecundidad crónica. Esta extraña anomalía fue compensada por las intervenciones de Dios que, como si fuera lo más normal del mundo, se las arreglaba para que nacieran niños a pesar de todo. El primer caso fue el de Rebeca, la mujer de Isaac. Con la ayuda de Dios, parió gemelos. Tuvo a Esaú, velludo y robusto, y al lampiño de Jacob.

Esaú, el preferido del padre, al crecer se volvió un mocetón sombrío y taciturno. Se pasaba la vida cazando, esquivaba a la gente y, avergonzado de su fealdad, la acentuaba aún más con su hosquedad. Trabajaba duro todo el santo día como cazador o arando la tierra. No así Jacob que, terso y apuesto, bien peinado, elegante y parlanchín, dedicaba gran parte de su tiempo a los juegos y paseos, sabía cómo animar el ambiente con sus ocurrencias y sólo de vez en cuando y a regañadientes ayudaba en los trabajos domésticos a la madre, que lo quería más que a las niñas de sus ojos.

Un día que Jacob se preparaba la cena, Esaú, que acababa de volver a casa jadeante y agotado, le pidió algo de comer. Cerraron el negocio más famoso del mundo: Jacob le propuso a su hermano cederle su plato a cambio de la primogenitura. Esaú que, por culpa de sus pésimos modales y escaso don de gentes, tenía veleidades y dotes filosóficas, se puso a discurrir: «¿Qué es la primogenitura? El hecho de que fuera yo quien naciera primero. Dicho sea de paso, me avancé sólo un minuto, pero la cosa es que nací el primero. Este hecho pertenece al pasado. Ceder la primogenitura, pues, sería imposible. Y precisamente esto es imposible. ¿Qué tonto del bote estaría dispuesto a pagar por la promesa de cambiar el pasado? Y, sin embargo, le salió un comprador. Mirándolo bien, el asunto es hartó evidente: si puedo conseguir algo a cambio de que un hecho pasado se modifique en la imaginación de

* KOLAKOWSKI, Lescek. *La clave celeste*, Barcelona, Melusina, 2006, 34-38.

alguien, vale la pena aceptar el pago, aunque sólo sea un plato de lentejas. Pero, a la hora de la verdad, lo que pasó realmente nunca podrá ser cambiado por ninguna hipotética decisión posterior que se tome en conformidad con nuestra transacción. (Por lo visto, Esaú era partidario del realismo epistemológico y creía a pies juntillas en la irreversibilidad de la secuencia temporal, es decir, en la naturaleza unidireccional del tiempo y en la ineluctabilidad de los acontecimientos pasados). Así pues, el hecho de ser yo el primogénito es y será siempre una realidad inalterable, y todo el cambio se resumirá en que Jacob andará diciendo que el primogénito es él. O sea que me pagan por una transformación ficticia, puramente burocrática que, por lo tanto, no afecta la naturaleza profunda del problema. Y lo que le interesa a un filósofo es la naturaleza profunda de las cosas, y no el nombre que llevan; *ergo*, puedo hacer el trueque sin temer nada».

Sin embargo, Jacob, que también era filósofo, sólo que se había vuelto idealista y pragmatista por culpa de la holgazanería, razonaba de forma distinta. «¿Qué significa –pensaba– el pasado en sí? El concepto mismo del pasado implica que *fue* y que, por lo tanto, ha dejado de ser, es decir, ya no es. Si de alguna manera el pasado existe, es sólo en mi imaginación o en la de otra persona. No tiene sentido decir que existe un pasado independientemente de que alguien lo conozca o no. El pasado es relativo respecto a la conciencia y, fuera de ella, no tiene razón de ser. De ello se desprende que es posible cambiarlo: basta con cambiar la conciencia del pasado para que el pasado también cambie. O sea que basta con que yo y algunas personas más demos crédito a lo de mi primogenitura para que me vuelva primogénito *de veras*. Esto no es en absoluto un cambio de nombre, sino un cambio de la naturaleza de las cosas, porque tampoco existe la “naturaleza” de las cosas en sí; sólo existen los efectos que produce el hecho de dar por cierta una u otra naturaleza de las cosas. Si los efectos de nuestra transacción fueran tales que yo pasara a ser el verdadero primogénito, la tesis de que “en esencia” el primogénito es Esaú y que Jacob lo es solamente en todas las manifestaciones prácticas de este hecho, sería digna del escolástico más obtuso. No existe nada que no se manifieste –el mismo Hegel pronto lo probará, por no decir nada de todos los positivistas del mundo, empezando por Buridan y acabando en Hume y Mill. Sería simplemente ridículo afirmar que en el mundo todo ocurre como si yo fuera el primogénito, pero que en la hipotética “naturaleza” de las cosas, que ni se ve ni tiene efecto alguno, el primogénito es Esaú. En verdad os digo que no compro un nombre, sino que *me vuelvo* primogénito, y que lo hago por un precio módico».

Puesto que, partiendo de premisas opuestas, los dos hermanos habían llegado a conclusiones análogas y ambos consideraban que hacían un buen negocio, la transacción no tardó en cerrarse. Jacob, muy satisfecho, incluso le dio a su hermano por añadidura una rebanada de pan, con lo que se mos-

tró no sólo solvente, sino también magnánimo. Al llegar este punto, hemos agotado el aspecto teórico de la historia. No obstante, ésta tuvo consecuencias prácticas. Jacob se apoderó de la fortuna de su progenitor, llegó a ser caudillo y, bajo el nombre de Israel, se convirtió en el padre de una nación. Además, ¡pequeño detalle!, llegó a ser un antepasado de David y, a través de él, un antepasado de José y, a través de él, un antepasado de Dios en persona. Y todo por un plato de lentejas. El realista ingenuo de Esaú resultó ser un soñador insensato, mientras que el idealista de Jacob mostró tener los pies en el suelo. Cuando los primeros efectos de la operación comercial salieron a la luz, Esaú puso el grito en el cielo y comenzó a quejarse de que su hermano le había tendido una trampa y lo había engañado como a un chino. Naturalmente, no tenía razón y se merecía que la gente lo tomara a chacota. La transacción no tenía letra pequeña y las partes contratantes sabían perfectamente qué vendían y qué compraban. No hubo secretos. No fue Jacob el que engañó a Esaú, sino que fue Esaú quien se engañó a sí mismo con una filosofía que no resistió la prueba del realismo en confrontación con la filosofía de Jacob. Se consolaba diciendo que su filosofía se había salvado, porque «en sí» había quedado intacta y sólo sus efectos prácticos se habían revelado contraproducentes. Puesto que no era pragmatista, tampoco podía valorar la filosofía desde un punto de vista pragmático, es decir, no calculaba las ventajas de abrazar una u otra doctrina. No vaciló, pues, en su visión del mundo, pero tampoco recuperó la fortuna perdida. No así Jacob. Éste ratificó la fe en su sistema filosófico, porque lo había valorado mediante un criterio que le era inmanente: la utilidad. He aquí cómo las circunstancias de la vida influyen en la elección de una u otra doctrina filosófica.

Muchas moralejas se deducen de esta historia, pero nos limitaremos a enunciar sólo las más importantes y notorias.

Primera moraleja: la opinión según la cual nos conviene adentrarnos en la esencia de las cosas es muy exagerada.

Segunda moraleja: un pequeño cambio del pasado puede reportar grandes beneficios.

Tercera moraleja: no es el pasado el que determina el futuro, sino al revés.

Cuarta moraleja: el idealismo no está reñido con el comercio.

